

# **EL SANTO EN NUESTRO MUNDO**

Romano Guardini

## Los fundamentos

La mayor parte de los días del calendario llevan nombres de personalidades de la historia cristiana, a los que acompaña un carácter especial de dignidad, de amonestación y promesa: los Santos. Sus figuras se nos aparecen en el arte cristiano, se nos presentan en leyenda y poesía, y nosotros mismos llevamos sus nombres. ¿Qué ocurre con ellos? ¿Qué es un santo?

En cuanto se adquiere intimidad con su naturaleza, no se hace difícil la respuesta: Ya en el Antiguo Testamento está «el mandamiento primero y mayor», que luego Cristo confirmó de nuevo: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente» (Dt 6. 5; Mt 22,37). Un santo es una persona a quien Dios ha concedido tomar este mandato con total seriedad, comprenderlo en sus profundidades y ponerlo todo en su cumplimiento. Algo grande, pues; incluso, algo terrible; porque ¿qué ocurre a la persona que se entrega a ello? Por eso se comprende la timidez respetuosa, pero al mismo tiempo la atracción misteriosa que experimenta el creyente ante esas figuras poderosas y entrañables. La respuesta que hemos hallado aquí, vale para todos los Santos, de todos los pueblos y todas las épocas. Pero también se puede plantear la pregunta de otro modo, a saber: ¿cómo aparece su imagen en la conciencia de los creyentes?

A esto no se puede dar respuesta tan fácilmente. Su esencia permanece idéntica, pues ¿en qué podría consistir eso tan poderoso y misterioso que el creyente venera en el Santo, sino en un fortalecimiento del amor? Si embargo, en el transcurso de la Historia cambia el modo de concebirse tal fortalecimiento.

## El santo en el nuevo testamento

Si preguntamos sobre esto al gran testigo de la vida cristiana primitiva, al apóstol san Pablo, recibimos una respuesta peculiar. Por ejemplo, en la *Segunda Epístola a los Corintios*, dice la salutación: «Pablo, apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios, y Timoteo, el hermano, a la Iglesia de Dios que está en Corinto, con todos los santos que están en toda Acaya». Y en la conclusión dice: «Todos los santos os saludan...», y se completa: el país desde donde escribe el Apóstol, esto es, de Macedonia.

¿Quiénes son esos santos? Por lo visto, los cristianos, simplemente: aquellos que han recibido la Buena Noticia, que han aceptado la fe y que han renacido a nueva vida por el Bautismo. Es decir, una idea diferente que la que nos es familiar. Cuando pronunciamos la palabra santo, pensamos engrandes individualidades de la Cristiandad, cuyas solemnes imágenes están en nuestras iglesias; aquí son personas que viven su vida en Corinto y Tesalónica y Efeso, y otros sitios; creen y esperan, se atormentan con su fragilidad, y no tienen para exhibir gran cosa de extraordinario en lo religioso.

¿Dónde está aquí, pues, esa cosa especial que implica patentemente el concepto de santo?

Ante todo, tenemos que darnos cuenta claramente de que en la época primitiva, hacerse cristiano y vivir como cristiano, ya era por sí solo algo extraordinario. Quien se decidía a ello, se desprendía del contexto de su existencia anterior. Se hacía extraño a su circunstancia. Si su familia no daba el paso con él, también se enajenaba de ella; a veces tan profundamente, que equivalía a una separación.

Toda la vida de la Antigüedad estaba penetrada de usos de la religión pagana, y el lenguaje cotidiano estaba lleno de alusiones a los dioses y los mitos de los dioses; por tanto, la manera de vivir y hablar del cristiano tenía que apartarse de la habitual. Esto no sólo era trabajoso, sino que daba lugar a malentendidos, dificultades y apuros sin número. Las brillantes fiestas religiosas le quedaban prohibidas; tenía que mantenerse alejado de las solemnidades públicas de la ciudad y el Estado, pues todas estaban en relación con los dioses del país, o por lo menos tenía que tomarlas con un distanciamiento que era difícil y requería tanta renuncia como prudencia. Y por lo que tocaba al Estado romano -y se trataba de él sobre todo—, éste se concebía a sí mismo como algo divino, y su cabeza, el César, era venerado expresamente como una divinidad. Por eso el cristiano, no pudiendo participar en conciencia en todo esto, tenía que encontrarse en los más duros conflictos con la ley y el poder del Estado.

Quien se hacía cristiano daba, por el amor de Dios, un paso lleno de consecuencias. Entraba en una vida intranquilizada por la desconfianza del ambiente y cargada de dificultades de toda especie; una vida que exigía renuncia tras renuncia, y a menudo llevaba a la opresión y la muerte. Así comprendemos muy bien que san Pablo hable de los cristianos como de *los santos*.

Pero hay también otra cosa, que es lo esencial. Aquellos hombres sabían lo que significaba ser pagano. Habían experimentado qué profundamente atada a la Naturaleza estaba su existencia, a pesar de toda cultura; qué poco servían a la auténtica menesterosidad del corazón aun sus más evolucionadas formas espirituales y artísticas; qué poco podían saciar sus mitos y cultos el ansia de verdad y libertad, aun con toda su profundidad.

Por eso aquellos hombres conocían también la grandeza divina de la Buena Noticia. Habían percibido el «amor de Cristo, que excede a todo conocimiento» (Ef 3, 19), y volvían a percibir siempre lo que significa crecer entrando en la nueva vida del Reino de Dios. Lo que vivían era, simplemente, una existencia nueva, regida por el Santo Dios; así tenía mucha razón el Apóstol para llamarlos *los santos*.

### **El Santo de lo extraordinario**

Pero luego se cambian las cosas. Los cristianos se hacen más numerosos, y cuando aumenta el número, por lo regular disminuyen la seriedad y el valor. Además, entre los que entran en la fe, cada vez hay más niños; pues cuando el padre y la madre se hacen cristianos, o lo son ya, introducen sin más a sus hijos en la comunidad de la Iglesia. Pero éstos ya no se dan cuenta de lo enorme del

paso. Crecen en el reino de la fe, y lo que en sí es tan extraordinario, se vuelve obvio.

Incluso, después de la conversión del emperador Constantino, la fe cristiana se hace religión de Estado. Entonces quien quiera presentarse como buen ciudadano y avanzar en el servicio del Estado, tiene que ser cristiano, al menos de nombre y en conducta pública; y ya podemos imaginar cuánto se superficializó con esto la vida cristiana en general, y cómo quedó oculto lo peculiar de ella. Ya no hubiera sido posible entonces hablar de los cristianos sencillamente como de *los santos* en Corinto, Efeso o Roma.

Entonces tuvo que formarse un nuevo concepto de *santo*, y se empezó a entender como la persona que realizaba de un modo extraordinario el *mandamiento mayor*.

Sobretudo, era el mártir, que daba su vida por la fe. Un **san Esteban**, un **san Ignacio**, una **santa Perpetua**, una **santa Inés**, tenían en torno el fulgor del heroísmo cristiano, haciéndolos dignos de especial veneración... Pero también se puede expresar de otro modo el amor sin reservas a Dios. Por ejemplo, alguno experimentaba tan profundamente lo terrible del pecado, que no le bastaba arrepentirse y procurar mejorarse. Lo arrojaba todo, se iba a la soledad y llevaba allí una vida de penitencia, cuya dureza espanta: pensemos en los ermitaños del desierto de la Tebaida... O a alguno se le hacía tan apremiante la llamada de la comunidad con Dios, tan poderosa su abundancia de valor, que por ella se hacía pobre, como lo hicieron **san Francisco** y **santa Clara**... O alguien era arrebatado por el mandamiento del amor al prójimo, y se entregaba entero al servicio de los pobres y los enfermos; pensemos en **santa Isabel de Turingia** o **san Vicente de Paul**... Otros, por su parte, sintieron la grandeza de la verdad de Dios y vivieron sólo investigándola, como un **san Anselmo de Canterbury**, o un **santo Tomás de Aquino**... Pero otros percibieron en su corazón las palabras: «Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes» (Mt 28, 19); fueron arrebatados por el ardor del apóstol, y llevaron el mensaje al mundo, quizá para sellar su palabra con su sangre: san Patricio en Irlanda, **san Bonifacio** en Alemania, **san Francisco Javier** en la India... Y así sucesivamente, en la inagotable *multiplicidad de las gracias y las vocaciones*.

La vida de estos hombres tiene el más diverso contenido, pero siempre ostenta el carácter de lo extraordinario. Proceden de todos los estratos de la sociedad; son reyes o labradores, caballeros o artesanos, mujeres, hombres, jóvenes, niños; pero tienen una cosa en común: la exigencia del amor de Dios los saca de lo cotidiano y los impulsa a realizar algo extraordinario.

Con ello son testigos de la grandeza eternamente nueva de lo que se ha hecho posible por Cristo. En cierto modo, difractan la divina simplicidad de Su luz en las más diversas formas de realización; acuñan modelos, muestran objetivos y caminos, liberan fuerzas que continúan su influjo a través de los siglos.

Esta es la idea del Santo que ha influido en la conciencia cristiana hasta nuestra época. También seguirá siendo siempre válida, pues es verdadera; y nuestra vida cotidiana necesita grandes figuras en que se haga patente el poder de la gracia de Dios, que supera todo lo terrenal. Imágenes como **santa Cecilia** y **san Sebastián**, **san Benito** y **santo Domingo**, **san Agustín** y **san Ignacio**, **san Luis Rey** y **santa Cunegunda Emperatriz**, la criada **santa Notburga** y el labrador **san Nicolás von der Flüe**, siempre serán manifestaciones resplandecientes de lo que puede el amor cuando supera toda limitación: imágenes del heroísmo cristiano, que se expresa en una vida de riesgo, paciencia y cumplimiento sin reservas.

### **El santo de lo invisible**

Pero ahora parece que en el transcurso de la época actual se cumpliera otra vez un cambio: esto es, como si la idea de lo extraordinario ya no estuviera en el centro de la importancia, como antes. No hemos de adentrarnos aquí en el modo como esto ocurre en el transcurso de la Historia: tomemos sólo un único testimonio, fácilmente accesible. En el siglo XVIII **Jean de Caussade** escribió sus ideas, tan sencillas como poderosas, que si bien estaban destinadas en principio para la vida monástica, luego tienen también que decir algo de la mayor importancia para el que vive en el mundo, con el conveniente traslado de términos. El libro se titula: *Entrega a la Providencia de Dios*, y responde a la pregunta de cómo debe vivir el cristiano que quiera hacerse santo, diciendo que no debe plantear nada extraordinario, sino solamente ir haciendo siempre lo que en cada ocasión le exija la hora. Dios mismo traza el plan mediante su orientación providente; por tanto, el camino hacia la santidad no pasa por un sistema preparado de acciones y ejercicios, sino por el conjunto de la vida misma; y el progreso hacia lo más alto no consiste tanto en grados de realización cuanto en la pureza cada vez mayor del amor, con el cual se ha de hacer lo que requiera la situación a cáela vez. Pero lo que ésta requiera realmente, no lo que querría algún motivo egoísta: predilección personal, o comodidad, o ventaja, o gusto. Es decir, como si la situación misma hablara, diciendo: «Esto es necesario: que ayudes a éste, que hagas este trabajo, que ejercites la paciencia en este sufrimiento...» Hacerlo, limpia y correctamente, sin enderezarlo según deseos personales, o debilitarlo, o falsearlo; esto es lo que lleva a la santidad.

Así se da también respuesta a la pregunta de cómo puede uno amar a Dios. Pues, en efecto, algunas veces ocurre que alguien es tocado por su santa realidad; entonces el amor se convierte en entrañable obvedad. Pero por regla general no es así. La mayor parte de los hombres tienen siempre mudo el corazón, y lo cotidiano lo tapa todo con su estrépito. ¿Qué es entonces el amor? Esto exactamente: hacer lo que ahora es justo, porque ello cumple la voluntad de Dios. Y hacerlo, como quiere ser cumplido el amor, con pureza y de buena gana.

De ese amor se ha dicho que debe cumplirse «con todo tu corazón, con toda tu alma, y con toda tu mente»; pero ¿quién puede decir jamás que lo hace así? ¿Realmente está en ello todo su corazón, toda su alma y toda su mente? Para comprender con claridad sólo tenemos que darnos cuenta de que aquí hay un

avance en el que no cabe exceso. Un camino, que lleva cada vez más lejos, más allá de lo que alcanza la vista; del cual se deben apartar continuamente los pensamientos en segundo plano y las intenciones adventicias, poniendo al descubierto las astucias interiores y la mala fe, y superando las resistencias y cobardías. Es el camino hacia esa *totalidad* de que habla el mandato: *todo* el corazón, *toda* el alma, *toda* la mente. Pero ¿qué significa esto, si se trata del amor a Dios, totalmente santo y que todo lo ve; y ante todo, del propio amor de ese Dios, que hace posible de algún modo el nuestro?

Aquí surge otra imagen del santo. Aquí ya no se habla de lo extraordinario. El hombre que va por este camino, hace lo que debería hacer cualquiera que quisiera hacer bien su asunto, aquí y ahora. Nada más y nada menos.

Pero la justeza de la tarea propuesta aquí y ahora, la entiende a partir de Dios. Con ello no se alude a nada fantástico. Emplea su razón, hace lo que exige su vocación, y puede dar cuenta justa de todo; pero su conciencia está sumergida en algo infinito. Su acción se realiza en el mundo, pero se sabe obligada por la voluntad de Aquel que ha creado este mundo, estando Él mismo por encima de todo mundo. En medio de nuestra vida, enredada por todo egoísmo y mentira, trata de recuperar de un modo nuevo lo que en el principio determinó la vida del primer hombre, antes de que éste pusiera su propia voluntad por delante de la voluntad de Dios.

Querer esto es amor. Y en este amor, dicho una vez más, hay un camino infinito: hacia la verdad cada vez más plena, hacia la disposición cada vez más pura, hacia la acción cada vez más resuelta. La santidad empieza por querer ese *todo* del que habla el Señor, ese *todo* del corazón, del alma y la mente. Y va creciendo en las constantes superaciones que eso cuesta, en las renunciaciones que se hacen precisas, en la penetración hacia una autenticidad cada vez más pura del espíritu y del corazón. Con eso, cada vez se hace menos llamativa. Casi diríamos: se repliega a lo justo en lo cotidiano. Lo que hace la persona en cuestión, cada vez tiene menos importancia y, a la vez, más importancia.

Menos importancia, en cuanto que ya no se trata de cómo es lo que hace: qué grande, o qué difícil, o qué arriesgado. Lo exigido puede ser importante, o mediocre, o pequeño; es indiferente. Solamente debe ser lo que corresponde ahora... Pero por otro lado se hace más importante, porque, sin embargo, debe hacerse tal como es adecuado en sí, no como lo queman los motivos personales; tal como lo quiere Dios, que ha creado todas las cosas, y cuya voluntad habla en cada situación por ser ésta precisamente como es. El hombre, por decirlo así, recibe en cada ocasión su tarea de la mano de Dios; del Dios que es la verdad y no quiere relumbrones ni chapucerías. Toda acción se convierte en un acuerdo entre el hombre que actúa y Dios que le da en la mano Su creación en ese momento, como antaño al primer hombre, para que la «labrase y cuidase» (Gn 2, 15).

Es curioso lo que ocurre aquí: cómo la cosa se acentúa en su esencia, y a la vez, precisamente por su *objetividad*, cómo desaparece en lo justo y adecuado. Nada resplandece aquí: no se habla de grandes experiencias, ni de riesgos, ni de irrupciones. En general, *ya no se habla*, sino que se trata de una tranquila acción, según lo exija la hora. No sorprende nada. Quizá alguien pasa al lado y no nota riada de particular... Pero si su espíritu está alerta, quizá notará algo, sin embargo: una silenciosa libertad, una tranquila seguridad, en sentido y orientación, una alegría, a pesar de todas las preocupaciones y dificultades...

### **El Santo en nuestro mundo**

Si parece cierto lo que digo — y les ruego a ustedes, los que me oyen, que se penetren de ello y lo examinen—, entonces se hace visible aquí una imagen del Santo que es muy afín al sentir de nuestra época. Pues esta época siente desconfianza respecto a las personalidades extraordinarias y las hazañas desmesuradas; a pesar de la excitación y agitación que hay en todas partes. Más aún, quizá precisamente por todo esto: porque las personas más honradas y auténticas notan qué mortal tontería hay en todo esto. Se me ocurren dos ejemplos que quizá aclararán mejor lo que quiero decir.

Al final de la Primera Guerra Mundial surgió el concepto del "Soldado Desconocido". Antes se había hablado del gran jefe militar, o del realizador de hazañas famosas. Parece que éstos dejan de ser interesantes; en cambio, adquiere importancia el que ama su tierra, el que conoce sus deberes y los realiza, donde está, con silencio y decisión... Otra cosa análoga: desde hace algún tiempo se ve que las tareas científicas, técnicas, sociales y otras muchas, se hacen tan grandes que un solo individuo no puede ya dominarlas. Así, en lugar de la personalidad descolante, aparece el *equipo*, el grupo de trabajo. Cada cual trabaja en su sitio, pero con la responsabilidad por la causa común. Cada cual sabe que por esa causa puede confiarse a los demás; lo mismo que él, obviamente, está al lado de cada uno de los demás... Ambos fenómenos indican el mismo carácter espiritual, el mismo matiz anímico. Lo extraordinario retrocede; lo individual se vuelve invisible; en cambio, con eso hay en cada cual una sensibilidad viva por la cosa de que se trate, y con ello cada cual adquiere una nueva importancia. Quizá no esté descaminado compararlo —naturalmente, en otro plano— con lo que acabamos de decir sobre la imagen del santo. Éste ya no se caracterizaría por una forma de existencia que se saliera del resto de la vida. Más bien actuaría en lo invisible, haciendo lo que en cada ocasión es justo y adecuado; pero con una pureza de intención que cada vez se une más con el amor de Dios; desprendiéndose más perfectamente del egoísmo y la complacencia en sí mismo, y adquiriendo así una libertad que ya no tiene nada que ver con la originalidad y genialidad, sino que se realiza por completo en el núcleo de la persona.

Es seguro que cada hombre tiene su tarea en el conjunto de la historia, conducida por Dios en el mundo. Pero hay muchas tareas que aguardan a uno solo, que se ha puesto totalmente a la disposición de Dios. De tales tareas, hay muchas y muy

apremiantes. Pensemos, por ejemplo, en el poder que ha alcanzado el hombre actual sobre la Naturaleza, pero sin haber crecido más él mismo; o en el modo como el individuo es absorbido por el Estado y la sociedad. Sin embargo, de eso no podemos seguir hablando ahora; queremos llamar la atención sobre otra cosa decisiva, a saber, la cuestión de la fe.

¿Puede creer hoy todavía un hombre honrado? ¿Y no sólo *todavía*, sino con plena responsabilidad? ¿Y qué aspecto tiene esa fe? En la Primera Epístola de san Juan se encuentra la frase: «Y lo que ha conseguido la victoria sobre el mundo es nuestra fe» (5, 4). El mundo ejerce su poder sobre el hombre de mil maneras exteriores, pero también interiormente. Actúa sobre los supuestos previos de su pensamiento; sobre las medidas de su juicio de valores; sobre su sentir respecto a lo que es real y esencial. Por todas partes irrumpe en él y trata de llenarlo por completo. En el caso de que ocurra así, ya no puede seguir creyendo. Por tanto, debe vencer esa fuerza del mundo; su corazón y su espíritu deben liberarse de él; obtener distancia respecto a él.

La tarea siempre ha estado planteada, pero en diversas épocas ha tomado caracteres diversos. Daría lugar a muchas conclusiones observar cómo se presentaba en la Antigüedad, cuando el mundo estaba determinado por el mito; cómo en la Edad Media, cuando hubo que dar forma al caos de la emigración de pueblos; cómo en la Edad Moderna, cuando la gran entrega del hombre concreto a Dios quedó contrapuesta a la liberación del individuo de sus cadenas. En cada ocasión tuvo lugar esa *victoria*. A partir de una comprensión abierta en el corazón y el espíritu, a partir de la más íntima decisión de la persona, adquirió una nueva forma, la relación entre el hombre dispuesto a la fe, y el mundo.

Es tiempo de que esto vuelva a ocurrir, de que otra vez el *mundo sea vencido*, para que pueda haber viva fe. No *todavía*, de tal modo que algunos individuos, que por su manera de ser pertenecieran a épocas superadas, sean capaces de algo que la generalidad de los hombres ya no puede hacer. Tampoco en sentido de que la fe cierre los ojos a la realidad del mundo y lleve una vida artificial en un territorio separado. Pero tampoco en el modo de un paradjismo desesperado que supiera muy bien que no hay caminos hacia Dios de que se pueda responder, pero que se lanzara hacia Dios en decisión irracional. Todo esto son asuntos a extinguir. Es tiempo de que se vuelvan a abrir los ojos para la verdad.

El mundo se cierra cada vez más sin dejar agujeros. Cada vez se cimenta más decididamente el mundo en el sentir de la época como lo uno y lo único; como *Naturaleza*, dada sin más, y como *Cultura*, dueña de sí misma. Por eso el hombre debe volver a poner en su mirada el mundo, como por primera vez, partiendo de su origen interior. Debe aprender a leer otra vez sus formas y relaciones. Debe ver — no sólo pensar, no sólo afirmar, sino ver con los ojos— que el mundo no es sólo *Naturaleza*, sino obra de Dios; no una totalidad saciada en sí misma, sino palabra que habla de lo auténtico; y que el hombre no está encerrado en él, sino que puede salir en libertad. Ciertamente, no como si descubriera de algún modo un agujero en el conjunto, o abriera una ventana en la pared, sino en cuanto que



ve que el mundo es el rostro por el cual mira Dios; y a la luz de esa mirada puede el hombre lanzar su mirada hacia la libertad de Dios. Pero en la apertura que así se produce, encontrarán sitio mucho más fácilmente las palabras de Dios y la figura de Cristo.

Lo que debe ocurrir ahí no es nada ruidoso, nada que produzca sensación. Más bien son cosas silenciosas, suaves; pero cosas que lo transforman todo. Sin embargo, sólo pueden suceder en el corazón y en el espíritu de aquel que se ponga a la disposición de Dios.

Esto sería una tarea cuya resolución aguardamos sobre todo del santo, al lado de los demás, que nos enseñe qué aspecto tiene hoy el amor, que es más fuerte que el poder.

A partir de aquí pueden también volver a acontecer milagros. Se dice que ya no los hay. Extraña afirmación, cuando al mismo tiempo, sin embargo, se creen los más curiosos *milagros* con una beatitud de confianza realmente estremecedora: charlatanería pública, milagrera, en todas las formas imaginables, médica, o social y cultural; o secreta, embustera, escondida en programas políticos y técnicos.

El verdadero sentido del milagro es que el Dios vivo se haga evidente en la realidad de la existencia. Su forma es diversa, cada vez según la época. El milagro que aguardamos consiste en que se disuelva la opresión sorda y pesada del mundo, de la que no parece haber salida, al hacerse capaces nuestros ojos de ver lo que es, y que nuestro corazón se penetre de cómo van las cosas en verdad.

### **Santidad y estado secular**

La imagen del santo de que hemos hablado, que se repliega a lo invisible, pero al mismo tiempo se hace cada vez más intensa, parece tener también una relación especial con el deber del seglar, cuya posición en la Iglesia, en efecto, es objeto de un problema que cada vez se hace más apremiante.

La realización de aquella imagen del santo, considerada por nosotros en segundo lugar, presuponía, por lo regular, una atmósfera favorecedora de lo extraordinario. Pero tal atmósfera ya no existe para el creyente que vive trabajando en el mundo. Este creyente vive en un ambiente organizado según normas en serie; trabaja en laboratorios, fábricas, cargos oficiales, que funcionan con maneras de proceder calculadas y planeadas. ¿Podría realizar ahí una norma de vida religiosa, que se expresara en experiencias y realizaciones religiosas extraordinarias? Con eso se volvería tan extraño que él mismo llegaría a no tener sentido. O tendría que decirse que lo que se llama santidad no está hecho para él, sino que está reservado a los que viven en un terreno de algún modo reservado y preparado. Pero ¿qué ocurriría entonces con la amonestación de Cristo: «sed perfectos, igual que es perfecto vuestro Padre celestial» (Mt 5, 48), que abre para todos, evidentemente, una posibilidad?

Es un problema difícil que se ha percibido hace ya tiempo y que entra en la raíz de la vida cristiana. Pero hay una idea que puede servir para seguir adelante: la idea de -, la responsabilidad del seglar por el mundo.

Ya en el transcurso de la Edad Media, pero sobre todo en la Edad Moderna, ha ocurrido algo lleno de consecuencias. La vida espiritual ha dejado de ser sin más la relación del cristiano con Dios; la ordenación, donación de sentido y aclaramiento de la existencia, que proceden de Dios. Ha tomado una suerte de carácter de especialidad, ha formado una teoría artística del perfeccionamiento, y con eso se ha aproximado cada vez más a un determinado estado, el monástico. Por su parte, el mundo ha perdido su carácter religioso. Se ha olvidado que, sin embargo, en cuanto tal mundo es un hecho religioso, o sea, Creación, lleno de la idea de Dios, y en la cual el hombre cumple una obra que Dios le ha encargado. Mejor dicho: es cierto que se sabe, porque está en el primer artículo de la fe; pero eso ya no es operante. La Creación, en la conciencia de la generalidad de las personas — con mucho, también de los cristianos— se ha vuelto mero mundo mundano; *Naturaleza* neutral y *Cultura* autónoma.

Ahora queda a un lado un mundo desprendido de Dios: presentado como programa en el liberalismo y el positivismo; realizado con la fuerza de los estados totalitarios; pero operante también como peligro y declive en la conciencia cristiana. Al otro lado, en cambio, está una piedad ajena al mundo, que ha perdido su contenido terreno, y que se ha vuelto, en muchos sentidos, *mera piedad*, moviéndose en un dominio separado, y ostentando un peculiar carácter ineficaz de fantasma.

Pero con esta piedad se ha olvidado que el mundo no es sólo objeto de cumplimiento de obligaciones y campo para la lucha contra el mal, sino tarea propuesta como tal por Dios al hombre.

En la más inmediata unión con el relato de la Creación — y esto a su vez significa, con la doctrina de la esencia del ser— el Génesis habla del Paraíso. No era, como lo ha hecho el descreimiento, un mítico reino original, o un país de leyenda, puesto que Dios se lo había dado, en poder y responsabilidad, al hombre ligado a Él. Y este hombre mismo no era un niño juguetón, sino un ser poderoso, libre, responsable y lleno de fuerza, sin confusión. En esta relación irrumpió la rebelión y destrozó el Paraíso. Pero no por eso se convirtió el mundo en *tierra de nadie*, ni tampoco en reino del mal, sin más, sino que siguió siendo propiedad de Dios, y el hombre siguió siendo responsable de él, como antes.

Bien es verdad que se tenía que defender de la terrible capacidad para el mal que su pecado había dado al mundo; y luchar con el destrozo que él mismo había producido en toda relación con las cosas. Pero siempre siguen residiendo en el mundo las ideas creativas de Dios. Por tanto, aunque a menudo sea difícil reconocerlo, hay en él algo justo que se puede hacer; y la tarea consiste siempre en hacerlo.

La obra de Dios, el mundo, está confiada al hombre. Éste debe cuidarse de que vaya de manera justa, en la medida y el modo que es posible después de trastorno de la culpa; cada hombre donde está, según su vocación y sus fuerzas. Esta tarea no es meramente *mundana*, desplegándose al lado de las tareas *religiosas*, sino que es religiosa en si y en cuanto tal, no cristiana, y en definitiva sólo puede ser cumplida en obediencia ante el encargo.

Pensamos demasiado poco en esa tarea. Demasiado poco se nos presenta el mundo en nuestra conciencia como la obra creada por Dios, que Él ama — véase la frase, repetida cinco veces, en el relato de la Creación: «y vio Dios que estaba bien» (Gn 1), obra buena para Él— y que nos está encomendada. Se distinguen demasiado poco las cosas al hablar del mundo como el reino del mal y del poder de la seducción.

La consecuencia ha sido que el mundo ha caído en manos de la incredulidad, y esta palabra no se refiere sólo a aquellos que rechazan la fe en Dios y en su juicio, sino también a aquellos que, si bien creen religiosamente, no realizan sus acciones a partir de la responsabilidad de esa fe, sino sólo por habilidad en los asuntos o por ventaja personal.

El mundo de vida y trabajo del hombre y, a través de él, la tierra como idea y construcción de Dios, están en un peligro cuyo apremio sólo puede ser desconocido por una irreflexiva fe en el progreso; de ello he intentado hablar con más detalle en mi libro *El ocaso de la Edad Moderna*. El hombre, tal como hoy vive, piensa y actúa, no ha llegado a creer, sin embargo, a la altura de este peligro. El mundo debe entrar en una responsabilidad más profunda, la de la fe. Con ello, ciertamente, no se le ha de rebajar nada a la creciente seriedad, nacida de la inmediata ética de su profesión, del científico, del ingeniero, del artista, del político; pero no basta. Le falta la distancia, el orden, la libertad, que hacen falta para dominar el caos cultural. Así que es hora de que el cristiano se acuerde de su obligación y asuma el mundo en su conciencia. Aquí reside el deber del seglar.

A comienzos de este siglo entró en circulación un concepto que parecía apropiado para superar la separación que hemos descrito. Invocaba la Primera Epístola de san Pedro (2,5-9), donde se habla de un *santo sacerdocio*, que está en la Cristiandad en cuanto tal. Así, se habló mucho del sacerdocio de los seglares; pero esto produjo poco de bueno y mucha confusión.

Ya hubiera debido poner sobre aviso el hecho de que esta idea tuviera un papel tan escaso en el Nuevo Testamento; mejor dicho, considerándolo en conjunto, ningún papel. La cita de esta Epístola no se puede comprender sin remitirse al contexto del Antiguo Testamento, y no tiene nada que ver con problemas modernos.

El fundamento de toda forma de vida clara y toda tarea de trabajo, debe ser la verdad. El seglar no es sacerdote, ni aun en sentido debilitado o simbólico. Su tarea y su responsabilidad no tienen nada que ver con la sacerdotal, ni pueden

deducirse de ésta. Más bien brotan de fuente propia, y precisamente de ese encargo divino de que habla el segundo capítulo del Génesis. Primero está el relato de la Creación, en que Dios aparece como el soberano, que concibe y realiza la plenitud esencial del mundo, en poder y dominio absolutos; que crea todo lo bueno y sólo lo bueno; y que luego entrega su obra, en la forma del Paraíso, a la responsabilidad del hombre, para que la «labrase y cuidase» (2, 15).

El Paraíso — como ya se ha dicho— no es ningún país de leyenda. Es el mundo real, pero asumido en la relación de gracia que Dios ha concedido al hombre. A éste lo ha hecho el Señor del mundo; pero su señorío debe ser servicio respecto al verdadero y auténtico Señor. Así se cumple en la medida en que el hombre cumple el servicio con pureza; pues la verdadera soberanía no es violencia, sino verdad. Ésta consiste en que se vea la esencia de las cosas y se le haga justicia; pero el carácter de las cosas en que se cimenta todo lo demás es que no son *Naturaleza*, sino Creación. Sólo cuando se ven, se entienden y se aceptan como tales, se abren ellas y obedecen.

El hombre se rebeló contra la relación fundamental, según la cual solamente Dios es Dios y Señor esencial, y él en cambio está creado, y por tanto es sólo señor por la gracia — puede verse mejor en el relato de Génesis 3, que a cada vez, nos vuelve a desvelar nuestra esencia—. El Paraíso se desplomó. En la relación del hombre con las cosas irrumpió la culpa, confundió la mirada para la verdad, e hizo insegura la soberanía. También sobre esto el relato dice todo lo que es menester a quien lo lea adecuadamente. A pesar de ello, la verdad del ser persiste, y la Redención lo ha elevado todo a una nueva posibilidad. La tarea del seglar creyente es entender, según la Redención, la existencia trastornada, conformada como obra, ordenarla como espacio vital y con ello, a pesar de todos los fracasos, volverla a poner en marcha siempre como por primera vez. En lugar del señorío de antaño, establecido a partir de la verdad de las cosas, ha venido la trágica lucha por el orden en una existencia rebelada. Aquí tiene ahora que guardarse.

La medida para la consecución de esta tarea reside, ante todo, en las mismas realizaciones en el mundo, en cada ocasión. El que actúa no debe solamente *tener buena intención*, ser honrado y fiel a la obligación, sino que debe realizar las cosas como hace falta, esto es, como lo exige la voluntad de Dios que se expresa en cada cosa y situación, o sea: *como Dios manda*.

El otro aspecto de esta medida es la pureza de la intención y la intensidad del espíritu con que el cristiano reconoce la voluntad de Dios presente en las cosas, y las cumple. La corrección objetiva, que reside en la esencia de la tarea en el mundo, en cada ocasión, debe ser asumida en la propia intención religiosa, y convertirse, por decirlo así, en materia para el amor a Dios. De este modo el mundo vuelve a entrar en su voluntad. Deja de ser mundo *profano*, como había llegado a ser en la Edad Moderna, *Naturaleza* anónima de que cualquiera puede disponer, y *Cultura* autónoma, en que el hombre se pone a sí mismo como creador. Pero, recíprocamente, la piedad adquiere una seriedad que viene de las

cosas mismas, y que le quita ese carácter peculiar de especialidad espiritual aparte, que tiene no pocas veces.

### **El Santo de lo extraordinario como constante correctivo**

Queda claro, desde luego, que en todo esto hay también peligros. Lo que hemos señalado aquí es un tipo de vida religiosa, que, como todo tipo, puede ser vuelto hacia lo adecuado y lo inadecuado. Pues la intención determinante también puede ser vaga, incluso poco honrada. El cumplimiento de las exigencias objetivas como forma de realización del amor a Dios, puede falsearse en una especie de ética cristiana de la eficacia. Se trataría entonces, en realidad, del cumplimiento de la exigencia de la situación dada; la idea del amor, por el contrario, se reduciría a un motivo que la garantizara.

Aún más hondo llegaría la desviación si la responsabilidad por el mundo degenerara en un optimismo de la realización y el progreso, pero olvidando en esto lo que forma el fundamento de la concepción cristiana de la existencia: que la primitiva rebelión contra Dios ha producido en el hombre un trastorno que impide el optimismo; una verdad que encuentra su expresión última en el destino de Cristo, en la Cruz. Entonces, todo resbalaría a un naturalismo de preocupación por el mundo y de eficacia.

Con una entrega muy intensa a las tareas del mundo puede también olvidarse lo que significa el desprendimiento de la ligazón al mundo. Véase la amonestación de san Pablo: "El tiempo es corto. Por tanto, los que tienen mujer, vivan como si no la tuviesen. Los que lloran, como si no llorasen. Los que están alegres, como si no lo estuviesen. Los que compran, como si no poseyeran" (1 Co 7, 29-30), y la de san Juan, aún más urgente: "No améis al mundo ni lo que hay en el mundo. Si alguien ama el mundo, el amor del Padre no está en él. Puesto que todo lo que hay en el mundo, la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos, la jactancia de la riqueza, no viene del Padre, sino del mundo. El mundo y sus concupiscencias pasan; pero quien cumple la voluntad de Dios" permanece para siempre" (Un 2,15-17). Es verdad. Pero expresa sólo la posibilidad negativa de una puesta en juego que en sí se ha de realizar adecuada y positivamente.

Aquí vuelve a estar claro lo que siempre se ha dicho de la importancia permanente de la segunda imagen de la santidad: el hombre que todo lo sacrifica por el amor de Dios, que a todo se atreve, que entra en toda soledad y todo dolor, se convierte en correctivo que recuerda continuamente las posibilidades negativas contenidas en la tercera imagen. Con ello se acentúa algo que pertenece al orden de la vida cristiana. El núcleo de la imagen de la santidad determinada por lo extraordinario, reside en el cumplimiento del consejo evangélico. La renuncia a la propiedad, a la determinación de sí mismo y a la plenitud sexual, en obsequio a la plena libertad para Dios. Pero precisamente por el hecho de que haya individuos que cumplen esa renuncia, se vuelve siempre a demostrar que los valores mundanos también pueden ser realizados del modo adecuado, como adecuada

relación con la propiedad, con la libertad y con la vida de comunidad. Esto también se aplica aquí.

La imagen de la santidad de lo extraordinario permanecerá siempre en vigencia y velará para que la imagen de la santidad de lo invisible no caiga en las falsificaciones que la amenazan. Dirá al cristiano que la obligación de realizar una justa ordenación de la propiedad, una independencia con sentido, una relación sexual conforme a su naturaleza, y a partir de ahí, todas las demás exigencias de una cultura adecuada, en definitiva sólo pueden alcanzarse por la misma intención y las mismas fuerzas por las que han vivido las grandes figuras de la renuncia y del sacrificio de sí mismos.

---

\* Traducción de José María Valverde.